

Mónica camina hacia Alonso Martínez tras haberse terminado la fiesta a la que había ido con su amiga Manoli, que cogerá allí el metro para volver a casa.

El anfitrión y dos compañeros de trabajo de éste las siguen.

Sin duda querían ligar, como todos, especialmente un sábado por la noche.

A ella le hacía mucha gracia ese comportamiento humano tan animal.

No es que se riera del instinto sexual, ya que no le parecía ninguna broma, sino que le asombraba que durante toda la semana pudieran reprimirlo de un modo rotundo, mientras que en esas circunstancias llegaran incluso a parodiarlo.

Se imaginaba que eran perros siguiendo a las hembras por el olor de la entrepierna y que en cualquier momento levantarían la pata y marcarían territorio, ya que el mayor desenfreno de los machos jóvenes consistía en eso, en dejar las fachadas del centro cubiertas de orines.

Así, tras haber ingerido litros de alcohol, volvían a casa contentos de haber podido sacar la chorra en plena calle desafiando el orden público y moral.

Cuánta represión sufrimos, y así estamos, que llegamos a los treinta solos, sin trabajo, y ni nos quejamos.

Y hasta ella misma debía reprimirse porque por una parte sentía la lógica necesidad de interactuar con aquellos tres chicarrones que las seguían como hipnotizados, aunque

por otra conocía demasiado bien ese tipo de situaciones.

Estaba segura de que cualquiera de ellos aprovecharía la mínima ocasión para tirársele

encima, llevarla a su casa y ofrecerle un sexo completamente insidioso.

Luego roncaría como un cerdo, y por la mañana se mostraría distante.

Algunas veces, tratando de dejarse llevar por su desbordante imaginación, había pensado que al desnudarse y abrazar a un ser del sexo opuesto, a ambos les brotarían alas pudiendo elevarse y volar juntos, como en los sueños, a través de hermosos paisajes.

Sin embargo su experiencia le aseguraba que lamentablemente no era así, que la pasión amorosa resultaba un lujo al que muy pocos tenían acceso.

Antes, cuando se mantenían relaciones castas, al menos durante el noviazgo la gente podía soñar con un amor de dimensiones extraordinarias.

Aunque aquel fue únicamente otro modo de represión sexual que condujo a las parejas

formales a esperar varios años para acabar realizando un acto sexual anodido, y que tan sólo conducía a procrear.

Y así, tanto los matrimonios como las parejas informales, acababan practicando el sexo con desidia, como si toda mujer, incluso la esposa abnegada, no fuera más que una prostituta gratuita.

Precisamente por eso no quería tener novio, porque ese tipo de relaciones amorosas, por llamarlas de algún modo, no le interesaban en absoluto.

Al menos había conocido el amor con mayúsculas en París durante su año Erasmus.

El problema era que él estaba casado en su país, Norteamérica.

Se habían conocido en una fiesta en la Ciudad Universitaria y el flechazo había sido fulminante.

Ella había sentido por él una atracción tan inmensa como la que deben experimentar los astros, la cual provoca no sólo mareas, sino grandes cataclismos.

Poco había estudiado ese año, pero le parecía que había sido el único momento de su vida en el que no había perdido el tiempo.

Lo que más le gustaba de él era su sensibilidad para la música y la pintura.

Juntos habían visitado todos los museos de la ciudad, e incluso habían estado en la ópera viendo una representación del Don Juan de Mozart.

Por cierto, aquellos tres aprendices de Tenorio les siguen todavía.